

Combatiendo la identidad:

El porqué perdemos nuestras guerras

Dr. Michael Vlahos

El Dr. Michael Vlahos forma una parte integral de la plantilla profesional de personal en el Laboratorio de Física de la Universidad de John Hopkins. Su nivel de instrucción y erudición, durante más de veinte años, ha sido marcado por un único pensamiento creativo en materia de transformación mundial, Internet, cultura y guerra. Desde el año 2001, el esfuerzo principal del Dr. Vlahos ha sido el de ayudar al mundo de defensa a entender y reaccionar con eficacia al mundo musulmán en el contexto de los cambios más amplios en cuanto a la sociedad e identidad. Es egresado de la Universidad de Yale y recibió su Doctorado de la Facultad Fletcher de Derecho y Diplomacia en la Universidad de Tufts. Ha escrito ocho libros y monografías, entre el último Terror's Mask: Insurgency Within Islam (2002) y Culture's Mask: War and Change After Irak (2004). Ha elaborado también más de ochenta artículos. Su libro venidero, Fighting Identity, será publicado por Praeger en el año 2008.

RETRATO: La invasión goda del Imperio romano—la Batalla de Adrianópolis.
(O. Fritsche)

EL LUGAR: RÍO Frígido, situado en un país que hoy en día recibe el nombre de Bosnia-Herzegovina. La época: otoño del año 394 a.C. Dos imperadores romanos, Teodosio I y Eugenio, estaban en guerra y el mundo dependía de un hilo en términos políticos. El factor determinante: la milicia tribal del rey godo Alarico. Sus tropas de choque asaltaron el acantonamiento donde los soldados de Eugenio se refugiaban, derrotándolos y reunificando así el imperio bajo el gobierno de Teodosio I. Sin embargo, sintiéndose orgullosos de fortaleza, los godos muy pronto tomaron el estado imperial por ellos mismos. Roma los disuade sólo cuando la hermana del emperador, Galla Placidia, se casa con el líder godo y los visigodos en Aquitania se les conceden la ciudadanía romana.¹

Nueve siglos más tarde, Roger de Flor, un hombre completamente extravagante, cerró un trato con Andrónico II Paleólogo, *basileus* de los muy encogidos *Romaioi* (bizantinos). El grupo de soldados de Roger—sumaban unos 7.000 catalanes, junto con sus mujeres y niños también—emprendió contra los turcos. Nadie puede detener a esta infantería ligera, feroz y combativa. Sin embargo, no hubo una suficiente cantidad de oro en la Hacienda bizantina para pagarles. Esta traición por parte de un estado con bolsillos vacíos provocó la ira de los catalanes, que luego se desbandaron a través del imperio por siete años, llegando casi a derribar al propio gobierno de Constantinopla.²

Estas historias son casos ejemplares de “protagonistas no estatales” que agarraron por el cuello a los estados más poderosos de aquellos tiempos—y que tomaron lo que querían. A pesar de la ironía despreciable, este es nuestro mundo actual.

Los norteamericanos—los romanos del siglo XXI—se encuentran siendo ineficaces en combatir a los bárbaros considerados como actores no estatales. Estos guerreros no estatales, son un tanto como la “ballena” en la obra maestra de Herman Melville, *Moby Dick*, ya que les dan mucho trabajo y no les pueden combatir de manera eficaz.

Algo está pasando aquí y nuestras fuerzas armadas necesitan lograr un mejor entendimiento respecto al mismo, pero haciéndolo así significa que tenemos que quitar nuestro narcisismo y sentido del privilegio. Es una dura carga que tenemos que dejar caer, pero debemos enfrentarlo.

La “forma norteamericana de guerra” consagra triunfos logrados por medio de la realización de “transformaciones” militares³ ya que se consideran las mismas señales divinas de superioridad de las FF.AA. norteamericanas. Todavía mejor, EUA enfrenta los desafíos constituidos por otros poderes mundiales que tienen los mismos rasgos demográficos y tecnológicos al tomar una acción integral para derrotarlos. Por ejemplo, las innovaciones alemanas con respecto al desarrollo de las armas combinadas en el período entre ambas Guerras Mundiales, llevaron al triunfo del General norteamericano George S. Patton sobre el Mariscal de Campo alemán Rommel. Lo mismo ocurrió con respecto a la aviación de portaaviones japonesa, cohetes atómicos soviéticos y la jactada “revolución técnico - militar” llevada a cabo por los soviéticos. ¡Cuánto los superaron los norteamericanos! Pero su paradigma rector de “revolución” militar resulta ser firmemente tanto impulsado por la tecnología como egocéntrico. La forma norteamericana de guerra toma en consideración sólo la entablada en contra de adversarios que comparten las mismas fisonomías demográficas y tecnológicas, y que combaten de igual manera que los norteamericanos. Al final, triunfan siempre y de manera contundente.

La transformación de hoy en día, sin embargo, no tiene nada que ver con los norteamericanos, salvo en cuanto a la manera en que los nuevos innovadores adoptan nuestra tecnología—y cómo seleccionan como blanco nuestros puntos vulnerables. Aquí, los innovadores son las sociedades emergentes y las comunidades alternativas—no los enemigos que tienen las mismas cualidades demográficas y tecnológicas, sino los enemigos “extranjeros”, los mismos que impulsan esta transformación de la guerra.

El legado de la historia

Se destacan dos eras en lo antiguo en los cuales los actores no estatales llegaron a dominar la conducción de la guerra. La primera fue durante el fin de la edad de antigüedad, desde el siglo V hasta el VII. La segunda ocurrió desde los finales de la Edad Media hasta el principio de la modernidad en los siglos XIII y XIV. Estas, sin duda alguna, eran épocas turbulentas, pero en las cuales la identidad estaba en proceso de modificar y difundirse. Estas eras, en términos concretos, representan la identidad cambiante del mundo griego y romano y la transformación del mundo mediterráneo durante los finales de la Era Medieval (la aparición de los otomanos como sucesores de tanto los bizantinos como las mancomunidades árabes sunitas).

Estas eran consideradas períodos de transición, creando un nexo entre los antiguos y nuevos establecimientos. Analicemos lo que estaba sucediendo en aquellas épocas:

- Relaciones internacionales eran caracterizadas por migraciones de poblaciones, mayores cambios económicos y choques “exteriores” tales como pandémicos a gran escala y cambios climáticos inesperados.



La “red global” de La Liga Hanseática, un actor no estatal, hacia el siglo XIII. Una confederación de asociaciones comerciales con sede en pueblos y ciudades desde Polonia en el este hacia Brujas, Bélgica en el oeste. La Liga Hanseática estableció su propia entidad deliberativa e hizo la guerra en contra de Dinamarca y Holanda.

- Sociedades eran tremendamente condicionadas por nuevas ideas y movimientos, produciendo así una nueva concientización colectiva y, por lo tanto, nuevas identidades.

- Se transformaba la naturaleza propia del gobierno en las mentes del pueblo, desarrollándose rápidamente desde formas establecidas hasta nuevas demandas, en el sentido político y en cuanto a los derechos individuales.

Si tomamos en consideración el final de la Edad de Antigüedad y los inicios de la modernidad, veremos dos épocas sumamente distintas pero también muy orientadas hacia cambios. Los cambios realizados a gran escala no sólo trataban de cosas materiales ya que relaciones sociales y culturales importantes también estaban siendo revueltas y propulsadas en medio de una turbulencia creativa.

En los finales de la Edad Antigua, el Imperio romano se dividió oficialmente, pero en términos prácticos las distintas particiones ya llegaban a ser autónomas—dividiéndose constantemente en gobiernos locales que tomaban cuerpo mediante rebeliones y guerras civiles. No obstante, esto fue más el resultado de la materia de identidades no imperiales en auge que de insurgencias imperiales. La nueva identidad también estaba en proceso de tomar una forma internacional y ecuménica; por ende, el cristianismo se convirtió con eficacia en una nueva “nación” romana que primero operaba dentro del imperio y luego asumía el control de las instituciones y gobierno del imperio sí mismo.

Había dos funciones cruciales de poder estatal que estaban en proceso de decaerse: la recaudación de impuestos y el nivel de eficacia militar. El orden romano dependía cada vez más de un grupo élite, pequeño y costoso de fuerzas móviles de choque—las fuerzas expedicionarias de alta tecnología en aquel entonces. El Imperio tenía un Ejército solitario, perfecto y magnífico, pero pequeño para mantener el control sobre un mundo rebelde.⁴

En los inicios de la Edad de la Modernidad, las aventuras “imperiales” en una gran era de cruzadas se entraban en el proceso de deterioro. Los grandes estados que idearon tales pretensiones imperiales—Francia, el Sacro Imperio Romano, Nápoles y Sicilia así como el estado Bizantino—se encontraban en declive. Formas atrevidas de gobierno estaban en alza. Asociaciones cívicas

se metían por la fuerza en ciudades-estados y principados obstinados que no prestaban atención en la autoridad inmanejable de monarcas y sistemas imperiales. Esto era también la época de gran crecimiento económico e innovación. Las nuevas “redes globales” de comercio y banca desarrollaban nodos minúsculos, pero esenciales, de poder capaces de resistir un orden feudal cayéndose en decadencia.

Esta transformación se extendía a la guerra también. El *chevalier* que dependía de la mano de obra de siervos y de levadas armadas con guadañas fue de repente suplantado por grupos de soldados altamente adiestrados y bien pagados, armados y equipados con la supertecnología en aquella época, desde el *trebuchet* hasta ballestas y el *cog* con torres altos en la popa y proa.⁵

En términos simples, las estructuras y autoridades de estados más antiguas estaban bajo presión y en declive. Además, las identidades locales estaban creciendo, incluso muchas atadas a sus comunidades en lugar de cualquier noción de “estado”. Al final, existía un nivel de “igualación” funcional de capacidades militares en tanto la tecnología como el arte operacional. Esto permitía a grupos no estatales desafiar a instituciones militares de los “estados antiguos”.

Las bases de autoridad militar no estatal

Hemos entrado a otra clase de ambiente mundial. Los rasgos claves de la ascendencia no estatal en la conducción de guerra son:

- el nivel de ineficacia por parte del orden de estado-nación en desplegar y emplear la fuerza militar.
- un mayor enfoque de combate y esfuerzo entre los protagonistas no estatales que existe entre estados-naciones.
- las igualaciones de tecnología selectiva que, en combinación con la innovación táctica, hacen que los combatientes no estatales estén a la altura de los soldados norteamericanos en el campo de batalla.

El nivel de ineficacia de estados-naciones. En la guerra, nos concentramos en el enemigo y cómo derrotarlo. Prestamos poca atención a la manera en que nuestras necesidades y expectativas afectan a la guerra, y casi ninguna a cómo nuestra relación con el enemigo conforma los resultados de la misma.

I. Dentro de los límites de la narrativa

Los norteamericanos están a la merced de su propia serie rígida de reglas (estado-nación).

Las diferencias entre ellos y el enemigo, en cuanto a su manera de combatir, favorecen al enemigo.

EUA, de manera paradójica, llega a adherirse al papel de habilitador.

La negación por parte de norteamericanos—la amenaza de su identidad siendo derrotada—los paraliza.

Nuestras necesidades y expectativas en la guerra asumen la forma de “la serie de reglas” que no sólo define la manera en que conducimos las operaciones militares, sino también cómo comprendemos nuestra empresa como éxito. Aceptamos el nivel de validez de la serie de reglas porque creemos que elaboramos todas las reglas en cuanto a la guerra. En el año 2000, llegábamos a ser tan arrogantes en cuanto a la cuestión de la guerra que creíamos que adueñábamos las propias reglas que rigen la misma, tanto así que podríamos transformarla en donde queríamos.

Sin embargo, olvidamos una cosita. Lo que hacemos en la guerra siempre corresponderá a lo que hace el enemigo. No ejercemos ningún control total sobre la manera en que reacciona el enemigo.⁶ Por lo tanto, el éxito depende de cómo nuestra serie de reglas conforme con el enemigo. Nos sentimos más cómodos si el enemigo trata conformarse a nuestra serie de reglas—cuanto más mejor. El hecho de que el enemigo se acogía a nuestra forma de guerra *siempre ha sido el factor esencial y no reconocido detrás de los éxitos de combate norteamericanos*. Hemos sido afortunados en este ámbito. Los adversarios que combatieron tanto como nosotros garantizaron nuestros mayores éxitos.

Desde nuestra perspectiva, conformamos las guerras que entablamos ya que estas eran nuestras guerras entabladas por nuestras normas y visión de victoria. En cuanto a los confederados (bando que perdió de la Guerra Civil norteamericana), alemanes, japoneses y rusos, la victoria resultó ser su regalo para nosotros.

Ahora, nuestra serie glorificada de reglas se ha invertido. El enemigo nos obliga a combatir de

acuerdo con su serie de reglas en nuestra contra.

Nuestra manera de entablar la batalla ahora resulta ser desfavorable debido al hecho de que la forma en la cual la practicamos, ahora corresponde a lo normado por el enemigo, en vías que hacen la resistencia no estatal más fructuosa. Combatir tanto como nuestros enemigos en realidad adelanta sus objetivos; sin embargo, no podemos admitirlo dado que estamos dedicados a la creencia de que nuestra forma de combate es la única que puede posibilitar la victoria. Estamos atascados jugando en nuestra contra.

Por lo tanto, nuestros esfuerzos en combatir tanto como nuestro enemigo nos hacen percibir un sentido de incertidumbre y vacilación. No sólo faltamos la capacidad de ejercer control sobre los resultados de una intervención militar, sino también no podemos describir, en términos prácticos, cómo lograr “la victoria” ni desarrollar un nivel de eficacia militar. Se dice, por ejemplo—años después de que una victoria militar fue prometida en Irak—que “el éxito” en realidad no es militar, sino político. ¿Acaso, esto significa que triunfaremos (después de sufrir decenas de miles de bajas) cuando los insurgentes que estábamos combatiendo al fin y al cabo asuman el poder político?

La “forma norteamericana de guerra” es una parte integral de una narrativa dramática sagrada que culmina en “la victoria”. Esto es porque las guerras de nuestro país se encuentran a la raíz de las celebraciones de identidad ya que la victoria consta de la realización de la liturgia de la guerra, donde el sacrificio de los más puros entre nosotros de algún modo nos renueva y fortalece.⁷ Entretanto, si se considera la victoria

II. Trascendencia vs. Gestión

Los insurgentes están rebosantes del poder que proviene de su identidad—el de los norteamericanos es escaso.

Desde la perspectiva del insurgente, la guerra consta de una celebración de la identidad—la batalla es un medio de trascendencia.

La forma norteamericana de guerra ha sido transformada en una ética de gestión.

En la guerra de identidades, los norteamericanos combaten de manera previsible, conforme a las expectativas de los insurgentes—y la identidad de los norteamericanos resulta ser más débil.

como una forma equivalente a dar al enemigo lo él quiere—incluso si demuestra ser sin duda alguna el mejor y más realista resultado a favor del interés nacional—entonces la propia trascendencia de “la victoria” carecería sentido. Si nuestras guerras constan de ritos del nacionalismo religioso norteamericano, entonces el sacrificio por parte de la liturgia simplemente no puede ser en vano.⁸

Sin importar la forma en que manipulamos los motivos detrás y la naturaleza de nuestras guerras no estatales, sentimos que hemos sido derrotados porque, en términos de nuestras expectativas y mitos, es el caso. La percepción de fracaso en combate y campaña a su vez produce aún más altos niveles de ansiedad y pérdida de confianza. Esto es el puro objetivo estratégico de los guerreros no estatales que combaten para todo o nada.

El esfuerzo y enfoque de combate de protagonistas no estatales. Las guerras pequeñas entabladas en el período entre mayores guerras contra adversarios no estatales tratan de identidades ante todo. Puesto que confiamos en controlar la serie de reglas donde el nivel de tecnología determina cual parte triunfa, no podemos entender cómo la influencia de identidades, en cambio, resulta ser el factor determinante en la guerra de hoy en día.

El poder de identidad ha asumido un papel integral. No es simplemente que unidades militares occidentales estén obligadas a luchar en forma parecida al enemigo y en su ambiente de combate. De mayor importancia, somos como administradores mundiales combatiendo a héroes

míticos que se sacrifican para el “río” de su humanidad individual.⁹ Lograr las expectativas del enemigo en cuanto a nuestra forma de combate significa entrando en un mundo donde no podemos escapar del papel que el enemigo ha elaborado para nosotros en su gran obra dramática.

En su obra dramática de identidad, el papel que interpretamos—malos, débiles e incluso inhumanos—es crucial para un rito cultural casi primitivo en tanto su nivel de intensidad emocional como un simbolismo apasionado. Vimos (por lo menos a primera vista) ostentando “la política” y “administración” en el mundo (como descritas en etnografías tradicionales) de la *guerra primitiva*.

Pero el hecho de que la guerra es primitiva, solamente en el sentido de la conexión con lo sagrado, vincula a los guerreros de hoy en día a las sociedades humanas más antiguas. *Resulta ser altamente sofisticada*, en términos de la forma en que tal guerra nos afecta. Hasta un punto no considerado anteriormente en la guerra tradicional, estamos a la merced del enemigo en cuanto a cómo “calzamos dentro del molde” que idearon para nosotros. Además, el nivel de sofisticación de nuestras armas es un factor menos significativo hoy que durante los pasados dos siglos—debido en parte a la nivelación sorprendente de tecnología. En plena lucha entre guerreros, su trascendencia supera la nuestra ya que su pasión y fidelidad prevalece sobre nuestra imparcialidad y lógico.¹⁰ Nos convierten, por encima de todo, en personas que posibilitan sus operaciones. Llegamos a ser, en cuanto al

III. Tecnología

La tecnología occidental se convierte en algo que culmina en perfeccionar la identidad de los insurgentes, permitiéndolos difundirla a un público más variado y envalentonando así a sus seguidores.

Los insurgentes modifican la tecnología occidental en forma selectiva para que la misma conforme con tanto sus necesidades como su manera de combatir.

Una cultura de guerra menos rígida produce más adaptabilidad y creatividad.

La reacción norteamericana en cuanto a su dependencia de “soluciones tecnológicas” es un derroche que obra en contra de EUA.

nuevo “molde”, los que los ayudan a formar y difundir su historia. Además, la autoridad que ejercemos a través del mundo tanto les brinda un nivel de legitimidad como les designa como los defensores de lo sagrado ante aquéllos que los mismos pretenden convertir. Nos volvemos a su arma secreta.¹¹

¿Por qué no vemos esto? El enemigo, en este ámbito, trae aparejada otra paradoja ya que desafía nuestra propia identidad, llevándonos hasta tal punto que sentimos una suerte de co dependencia emocional. Tal vez hayamos llegado a pensar sólo en términos de causa y efecto en cuanto a la estrategia. Empero, su reacción constituye un desafío a nuestra masculinidad. Su propia resistencia provoca la necesidad por parte de EUA de comprobar tanto la capacidad de combatir con eficacia como la ética del combatiente. No podemos resistir su desafío. Nos hacen que asumamos la imagen que idearon... y luego acaban con nosotros.¹²

Acaban con nosotros porque nuestra forma de zurrar nos hace ser aún mejores colaboradores en cuanto a su estrategia. En términos prácticos, esto significa que continuamos a actuar de manera que les incita—como el malo, el enemigo sinistro norteamericano. También convalidamos su historia necesaria ya que son los defensores de vanguardia del Islam, combatiendo los invasores diabólicos.

La pasión que forma parte integral de esta situación, oscurece nuestra oportunidad de relacionarse con el enemigo. Esto, sin duda alguna, es un desafío abrumador. La comunidad

no estatal es bien adaptada para luchar como grupo, donde todos asumen el cargo del esfuerzo en alguna forma. Esta convergencia de voluntad y disponibilidad permite que la comunidad no estatal configure el ámbito de combate en forma orgánica. Empero, podríamos cambiar la situación actual al enfrentar al enemigo con esfuerzos que deconstruye su realidad existencial de “todo el pueblo contra el enemigo”.

Desafortunadamente, nuestra cultura castrense simplemente no tiene la capacidad de hacer esto. Desplegamos nuestro elemento de combate en el ambiente del enemigo que es culturalmente ignorante. Además, la mayor parte de este elemento de combate no tiene nada que ver con el combate en absoluto ya que son elementos de apoyo, manteniendo un refugio norteamericano donde las tropas buscan descanso no sólo de combate sino de la sociedad que las considera como extranjeros péfidos. Los esfuerzos de enfrentar al enemigo, por ende, culminan en ser sólo patrullas cotidianas, las mismas que nuestras propias estructuras logísticas realizan esfuerzos para reforzar cada día. Allá afuera: la zona roja; aquí adentro: Burger King.

Enfocamos todos nuestros esfuerzos en el patrullaje, seguidos por el vuelto rápido al amparo. A la inversa, el enemigo habita la zona de combate; su amparo consta del propio terreno en que combaten.

Igualaciones tecnológicas. La tecnología es nuestro talismán ya que la consideramos una parte integral de nuestra estrategia, algo que trae aparecido el logro de la victoria—es nuestra

obsesión. ¿Por qué entonces no nos damos cuenta de que hemos entregado a nuestro enemigo declarado los propios instrumentos con los cuales nos ataca salvajemente cada día? Cuando el Ejército Mahdi aniquiló al Ejército egipcio bajo el mando del Coronel británico William Hicks, los virtuosos incautaron 10.000 fusiles de tipo *Martini* y millones de balas, además de una gran cantidad de artillería de campaña. Aunque no tuvieron mayor importancia años más tarde durante la Batalla de Omdurman, al menos se sentó un precedente.

Ahora sí cuenta. A pesar de hablar tanto en materia de las “operaciones red céntricas” por nuestra parte, de hecho es el enemigo que nos ventean. Más aun, se consuelan en decir que esto fue exactamente lo que ocurrió durante la época de las victorias logradas en la ciudad de Ur en contra de las superpotencias del siglo VII de Persia y Roma. Los “primeros musulmanes” también adquirieron lo que precisaban de las civilizaciones tecnológicamente superiores, pero espiritualmente degradadas, a medida que procedieron a derrotarlas.

Hoy, estos instrumentos constan de la vital sangre de una nueva concientización—una piedra de toque en cuanto a la movilización de identidad enemiga. La *ummah* [la comunidad musulmana] nunca ha sido más fuerte a pesar del nivel de influencia ejercida por los *takfiri* [musulmanes apostatas]. En todos lugares, nuestra preciada alta tecnología es su habilitador catártico. El arte operacional enemigo, fortalecido por nuestra tecnología, provee un constante estímulo para su identidad renovada.

Hemos dado a nuestros enemigos el equipo de que rogaron en sus oraciones. Resulta muy común considerar a los musulmanes como atrasados en términos de desarrollo tecnológico—como sostiene el Dr. Bernard Lewis en su obra *What Went Wrong?* De hecho, los musulmanes nos manifiestan cotidianamente que, en cuanto al uso de tecnología, no se equivocan. Nos están superando con nuestra propia tecnología.

Un vistazo general nos muestra cómo la emplean. Teléfonos celulares son cruciales para una red de comunicación *C4ISR*.¹³ La Internet nutre tanto el desarrollo de comunidades de combatientes como la concientización de

la *ummah* con igual eficacia. El dispositivo explosivo improvisado (*IED*) y bombardero suicida equivalen a la munición precisa norteamericana, hasta superándola—con un ser humano no sólo formando parte del proceso, sino acercándose al blanco seleccionado.

El enemigo ha tomado un mejor provecho de nuestra tecnología que nosotros mismos, los elaboradores, podíamos en la guerra contra él. Pero, así como los antiguos abandonados por los dioses, tenemos la manía de volver cada vez al templo de tecnología para buscar socorro.

La mitología nos cuenta que descifrar el código alemán *Enigma* cambió de manos la Batalla del Atlántico y existe un montón de relatos que consideramos como entrañables (si no sagrados), interpretados las 24 horas del día en la programación de los canales de televisión por cable *The History Channel* y *The Military Channel*. Por lo tanto, a medida que los *IED* provocaban la mayoría de bajas norteamericanas, acudimos de nuevo a las soluciones maquinadas por inspiración divina—el verdadero *deus ex machina* de nuestra liturgia de guerra. Y así gastamos billones de dólares para llevar a cabo la cruzada en contra de los *IED*. Sin embargo, esta vez el dios no ha salido de la maquina.

Nuestra reacción a los *IED* en realidad indica la manera en que continuamos cabiendo, no obstante sin querer, en la zona de combate y serie de reglas del enemigo. Por ende, incorporan nuestra tecnología para perfeccionar la capacidad combativa de su grupo. Su serie de reglas pretende crear una experiencia en todo de realización de identidad al momento. Entienden que vivir el paso mítico de la guerra, la identidad se concretará de veras.

A la inversa, usamos la tecnología como instrumento para domar el fenómeno de la guerra (es decir, mejor matar a los combatientes enemigos), pero ésta no toma en consideración la naturaleza más extensa de la guerra en el sentido de que es una guerra de todo el pueblo—es una guerra de identidad.

La guerra como fenomenología

Entendemos mal la guerra porque, desde nuestra perspectiva, pensar en la guerra es un ejercicio de fenomenología. La guerra consta de actividades y efectos, y trata de esfuerzos

observados y resultados en el sentido material, consistiendo en todas partes de su fenómeno.

Por lo tanto, medimos cada guerra según escala que toma en consideración el uso de materiales pesadas como la “guerra limitada” versus “guerra total”; por medio de una prueba de fuego, como “guerra justa” versus “el terrorismo”; o cuán bien los demás acatan nuestras normas, como “guerra convencional” versus “guerra irregular”.

Carecemos de una metodología comprensiva para tratar con conflictos humanos.

Nos falta acceso a la dimensión religiosa de la guerra y, por ende, no tenemos los medios para entender la dinámica interna de las guerras de identidad. Puesto que dependemos tanto del modelo mental de la guerra-como-fenomenología, podemos adaptarnos a las transformaciones actuales de la guerra solamente al conformarnos en forma superficial a su fenómeno cambiante.

Así, después de años de negación, hemos elaborado nuevamente una doctrina de contrainsurgencia (*COIN*); sin embargo, no sabemos el por qué la misma también resulta ser eficaz cuando aborda el fenómeno de insurgencia. Como consecuencia, se considera la doctrina de *COIN* actual—e incluso durante la década de los 60—un tipo de receta mágica: Haz esto y luego eso y en el momento oportuno, incluya esto y... triunfarás.

La creencia compartida entre el estamento intelectual sólo hace pocos años, a medida que se fomentaba de nuevo apoyo a las operaciones *COIN*, fue que la campaña de contrainsurgencia conducida en Malasia era un caso ejemplar.¹⁴ Pero, las razones esclarecen el por qué la metodología británica de *COIN* resultó ser eficaz en Malasia:

- La insurgencia comunista malasia era un pequeño movimiento alejado del Pueblo.
- Los británicos tenían estrechas relaciones con los gobernantes locales.
- El Pueblo era pasivo en el sentido político.

Malasia parece un caso ejemplar de una campaña colonial; sin embargo, decir que solamente



Integrantes de la Fuerza de Tarea Ranger bajo fuego enemigo, 3 de octubre de 1993, durante la Operación Code Irene, la Batalla de Mogadishio, Somalia.

Comandos del Ejército de EUA

podemos lograr la victoria en situaciones fáciles de controlar, discretas y neo coloniales no nos permite captar todas las lecciones necesarias. El punto clave en tratar con las insurgencias del tipo malasio fue girado alrededor del poder de identidad de los señores coloniales.

Los británicos tuvieron una estrecha amistad con los sultanes malasios, lo que duró un siglo. Los Príncipes incluso compraron a los británicos un flamante súper acorazado en el año 1912—apenas una indicación de angustia anticolonial. Además, el estado político del Pueblo malasio no resultaba ser polémico. No existían movimientos populares ascendentes ni nuevas visiones convincentes de identidad.

La principal identidad era la vendida por el famoso poeta, Rudyard Kipling. Los Príncipes mercantes situados en las áreas a la margen del Imperio indio de la Reina Victoria tuvieron mucho gusto en adherirse a la estafa proteccionista manejada generosamente por Gran Bretaña. De hecho, continúan beneficiándose hasta hoy en día. Las contrapartes culturales de los sultanes malasios son nuestros clientes actuales: Kuwait, Qatar, Omán, Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos, todos bajo protección anglo-norteamericana durante más de cien años.¹⁵

Adoptamos nuestra fenomenología de *COIN* del *Zeitgeist* occidental, perdido hace mucho tiempo y completamente repleto de identidad dominante, que con facilidad y por todas partes

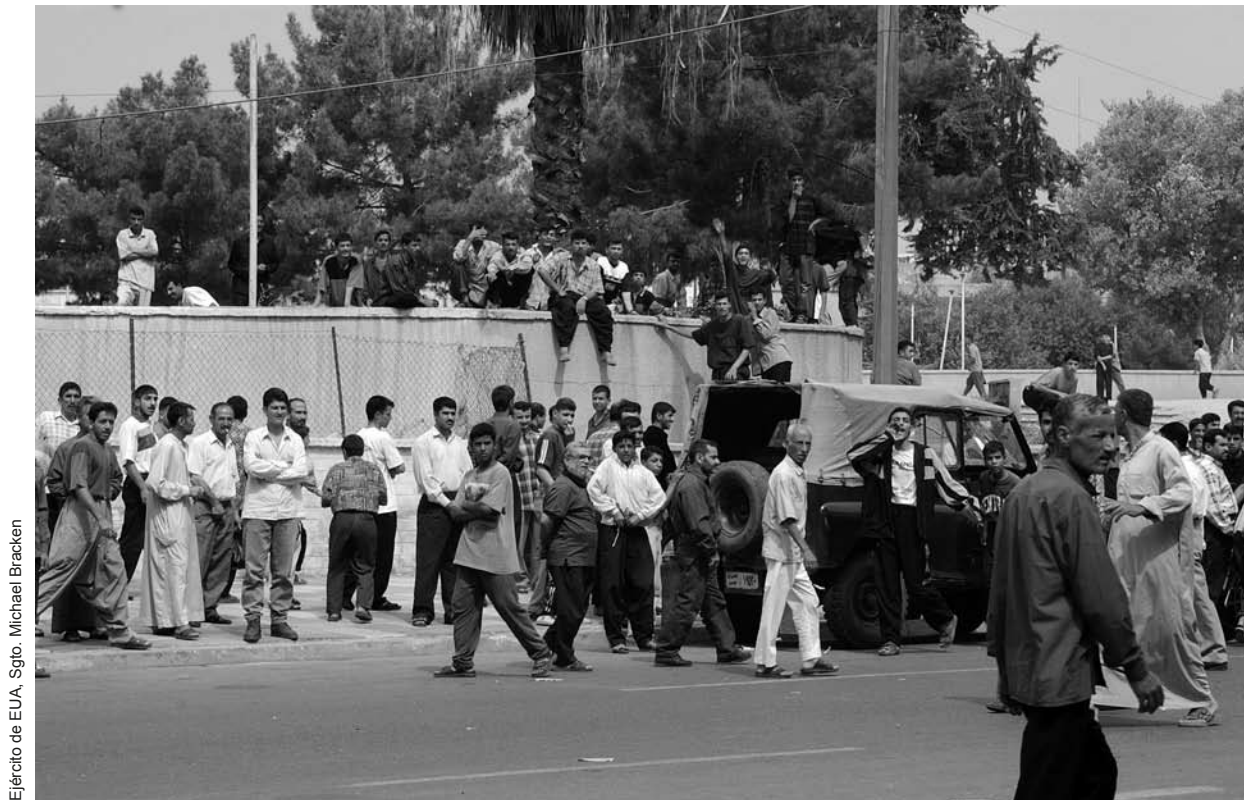
puede sentar los términos para formar relaciones entre patronos y clientes. Finalmente, no se debe confundir el caso ejemplar de la *COIN* malasia con la “edad de oro” perdida que pretendemos resucitar.

Hoy, muchos oficiales tal vez pueden sostener que los pensamientos en materia de la *COIN* han logrado muchos adelantos en los últimos años. Mencionando el Manual de Campaña (*FM*) 3-24, sostienen que cada insurgencia es bien específica, que la *COIN* solamente puede servir como guía y punto de partida para la cultura, enemigo y ambiente particular del conflicto. Pero lo esencial de la receta no consta de los ingredientes ni el brío del libro de cocina. El problema con la *COIN* consiste en el propio concepto ya que habla con nuestra confianza inquebrantable en los poderes que ya no existen en sentido práctico. Por lo tanto, la *COIN* es un panorama de nuestras más profundas creencias sobre la identidad gobernante ya que es una promesa de mantener su nivel mágico del realismo a toda costa.¹⁶

No sólo hay ninguna forma segura, pero la posibilidad de contrainsurgencia resulta ser, por sí

sola, fallida y corrupta. Podemos continuar sin duda alguna, si somos selectivos, a apoyar a Príncipes litorales, tal vez para siempre. Sin embargo, no podemos ayudar a aliados autoritarios a reprimir a las poblaciones de las sociedades centrales del mundo islámico—Pakistán, Arabia Saudita y Egipto—para siempre. En estas sociedades, como sabemos bien, cualquier insurgencia que anula las mercedes de la fuerza policiaca del tirano será tanto como la situación de Italia durante la época del Imperio romano con Espartaco andando suelto. No podemos dirigir de manera grandiosa a las mayores sociedades de una civilización—en este caso Irak.

Muchos dirán que los últimos pasos en la provincia iraquí de Anbar contradicen esto. ¿Acaso, se considera esto un triunfo de la *COIN* o simplemente una cooptación conveniente, adoptada desesperadamente después de anos de negación despreocupada por parte de los norteamericanos? Es suficiente decir que la versión de “los marines de la *COIN* aquí enfatiza el deseo por parte de la población local de ejercer control sobre sus propias identidades y destinos”;



El ejército de EUA, Sgto. Michael Bracken

¿Acaso, la nueva identidad iraquí? Una muchedumbre malhumorada presencia a soldados deteniendo a hombres iraquíes por tirar ladrillos e instigar actos violentos en Mosul, 13 de junio de 2003.

sin embargo, lo que significa en realidad es convertir a los marines en colaboradores en la lucha sunita contra los chiítas. Tal vez eso sea la única cosa práctica que hacer, pero no más ejemplifica la *COIN* en el sentido de que ya no forma parte del concepto dirigente de control: que a algún nivel irresistible permitiéndonos a controlar los resortes del gobierno, estamos a cargo. Más bien, el nivel de improvisación manifestado en la provincia de Anbar puede resultar ser la primera vislumbre de un nuevo camino estratégico hacia la doctrina de cooptación sobre la contrainsurgencia. También es más una señal que la era de control se acabó.

La era de Kipling, durante la cual europeos y norteamericanos pudieron hacer lo que quisieron, fue el apogeo de la identidad occidental, la época cuando abundaba el nacionalismo religioso europeo. Esto fue cuando la primera ola de la globalización—una pura creación destructiva—llevó por las sociedades tradicionales. No podían resistir con eficacia. Antiguas identidades faltaban la tecnología y perspectiva para usarla en contra del mundo occidental que pretendía difundir su identidad por la fuerza.

Hoy, es el estado-nación que está a la defensiva. Sociedades emergentes están respondiendo a la segunda ola de modernización. Empero la resistencia por parte de actores no estatales no surgió de las ruinas de la primera ola. Es también reacción al fracaso por parte de los siguientes modelos “occidentales” echar raíces. Por ende, una gran parte de la humanidad, carente del antecedente de trascendencia tradicional pero también sin una realidad occidental eficaz para sustituirla, está desarrollando nuevos modelos de identidad.

Sociedades emergentes y comunidades alternativas casi siempre representan una alta demanda por identidad en lugares humanos donde fue despojada o degradada. Lo que hacen estos nuevos modelos poderosos es su promesa de realización y trascendencia colectiva—y la energía popular que desencadena.

Para estados-naciones, lo que hace la identidad no estatal difícil de comprender es el hecho de que no aparenta ser como el tribalismo o sectarismo de la era colonial.¹⁷ En aquel entonces, los ashanti o zulúes podían ser derrotados localmente e integrados en forma

forzosa. Hasta los movimientos ardientes, como los Mahdistas sudaneses, podían ser masacrados y contenidos antes de que se difundiesen.

Lo que la fenomenología no puede abarcar es cuán radicalmente todo esto ha cambiado. Lo que presenciamos como batallas contra “adversarios” en Somalia, Afganistán, el Líbano e Irak, ahora son plantillas de resistencia comunitaria en todas partes. La resistencia armada en el mundo de hoy en día consta de un camino renovado a la realización y trascendencia—y no solamente para los musulmanes.

Este mensaje pisotea el antiguo bando del Occidente: que la globalización es irrefrenable y que se debe hacer las paces con la misma. Necesitamos concentrar en el nuevo mensaje y no sólo en el fenómeno del segundo orden del combate.

El mensaje nuevo nos dice que la identidad-poder ha cambiado de mano. ¿Qué hacemos cuando ya no nos acompañe la Fuerza?

El significado de este período histórico

Nuevas identidades también florecieron en los últimos de la antigüedad e inicios de los tiempos modernos. Los finales de la era de antigüedad fueron un período de recesión—económica y culturalmente—así nuevas comunidades se desarrollaron dentro de las estructuras de la civilización antigua. Los comienzos de la era moderna, a la inversa, posibilitaron nuevas oportunidades por medio del crecimiento económico y falta de una autoridad reguladora.

La historia demuestra lo que puede ocurrir cuando comunidades alternativas y sociedades no estatales se afincan y desarrollan. El mundo de hoy en día, de esta manera, se parece el de las épocas anteriores.

Hoy, comunidades alternativas resultan ser transnacionales y hasta virtuales, echando raíces y difundiendo su identidad a través de la red mundial. Existen comunidades típicamente locales, como los tamiles de Sri Lanka, pero también hay sociedades globales en proceso de ser desarrolladas. Las comunidades más desafiantes son las aprendidas localmente pero también sintonizadas con una comunidad mundial. Esto establece en forma perfecta la paradoja desafiante del renacimiento islámico.

Sería conveniente decir que el Pueblo busca la formación de una nueva identidad debido al “fracaso” de la ideología del estado-nación, o por causa de la incapacidad por parte de la globalización de satisfacer “las necesidades humanas básicas”. Sin embargo, esto presupone que otras poblaciones quieran unirse con nosotros y que, dada una cultura de consumo suficientemente sólida junto con normas electorales occidentales, se adherirían con un alto nivel de entusiasmo a la visión mundial de los Estados Unidos.

Pero somos impotentes para abordar el problema con respecto a “la definición de su identidad”. El aviso para nosotros es que para gran parte de las poblaciones del mundo, representamos ahora el mal que juega en contra de sus esperanzas en formar identidad.¹⁸

La verdad es que las poblaciones despojadas de trascendencia necesariamente buscan desarrollar una nueva. Esto es la misión urgente de sus vidas. No podemos aun competir en cuanto a brindarlas una nueva trascendencia. Desde su perspectiva, la única cosa que hemos hecho con la globalización es la de despojarles de su trascendencia antigua. Al ignorar sus quejidos, nos erigimos como el mal extranjero que ayuda tanto a convertirnos en su habilitador.¹⁹ De este modo, nos privamos de las relaciones alternativas que pudiesen culminar en ser mucho más fructuosas.

Nos quedamos tranquilos empleando nuestra guía convencional, un contra argumento que resulta ser retórico y contraproducente—y esto consta de nuestra narrativa terminal de modernidad. Por lo tanto, según se dice, la globalización es incontenible. Las sociedades no estatales meramente representan las márgenes caóticas que siempre resultan de profundas transformaciones históricas.

Empero la sabiduría de este relato es limitada a la población a quien sirve—y la globalización sirve, a lo mejor, a sólo mitad de toda la humanidad; veinte años en el futuro, puede ser sólo un tercio. La globalización sirve nuestro propio mundo—la esfera de estado-naciones y el capitalismo del mercado libre. ¿Acaso, los billones de personas olvidados por el mercado laboral oficial, abandonados por sistemas estatales que representan nuestras identidades nacionales oficiales?

Tres billones de personas, sin dirección en un mundo de desorden personal, están buscando un nuevo significado. Esto crea una demanda

sólida por una nueva identidad. Es inevitable en el esquema caótico de necesidades humanas que nuevas ofertas serán hechas. También es inevitable que el Pueblo se adherirá calorosamente a estas nuevas ofertas.

El islamismo es simplemente un solo punto de datos en el mundo para la formación de una nueva identidad. La oleada del pentecostalismo, por ejemplo, es igualmente convincente. Identidades emergentes que apenas son consideradas como delictivas o desviadas son empujadas con frecuencia hacia los márgenes oscuros de la vida nacional oficial, una zona gris que comparten con la desordenada proliferación de principalidades narcotraficantes y pandillas urbanas por todas partes del mundo. Pero debemos considerar la autenticidad de su nueva oferta de identidad y entender la que significa. Sumado a un mundo repleto de los despojados y olvidados—de los cuales una mitad se convertirá en dos tercios de toda la humanidad—no tenemos contraoferta que hacer.

Ofrecemos solamente una forma arrogante del altruismo mientras negamos nuestros propios problemas con respecto a identidad. Identidades occidentales también están en proceso de transformarse. Nuevas sociedades y sus identidades están surgiendo *dentro de nuestras propias fronteras*. Esto no tiene nada que ver con estados-naciones llegando a ser más débiles mientras que los rivales no estatales llegan a ser más fuertes. Los estados-naciones afirman tener sumamente eficaces controles normativos—por lo menos en la superficie. Su poder militar, sin duda alguna, supera el de cualquier actor no estatal.

Pero la base de identidad de los estados-naciones de hoy en día resulta ser más débil que aun aquélla de la generación anterior. Estados occidentales dependen de agencias pequeñas que ponen en vigor las políticas de seguridad y orden público que protegen sus sociedades en vez de la ciudadanía en conjunto. ¿Qué nos parece todo esto? Un mundo occidental que maneja un nivel supremo de poder militar ya no exige una ciudadanía movilizada.

Sin embargo, la raíz de nuestra identidad moderna se encuentra en el compromiso cívico colectivo que consideramos como sagrado. Así, una ciudadanía armada no necesariamente representa el corazón de la defensa nacional, sino

simplemente la manifestación válida de identidad colectiva—la de nuestra religión nacional. Cualquier monumento norteamericano que conmemora las guerras luchadas antes de Vietnam ostenta esto. Este vínculo ha sido cortado, tal vez para siempre.

La pérdida de esta única tradición da a entender que el “ego” cívico del Occidente se encuentra en proceso de deterioro mientras que las sociedades emergentes hacen los compromisos cívicos y sacrificios que sirven de fundamento para desarrollar las suyas.

Esto no es un caso académico. La política con respecto a la identidad en la modernidad occidental es más débil que aquella de sociedades emergentes, en términos prácticos. En esta situación, nuestra capacidad de aseverar moral y físicamente las ideas y prácticas del Occidente es desgastada de manera igual.

Los casos de Somalia, Afganistán e Irak nos muestran la áspera realidad de la nueva era. Los miserables de la Tierra han descubierto algo que los fortalece durante el combate. Períodos históricos en los cuales protagonistas no estatales tienen una mayor ventaja combativa tienden ser períodos de transición o puentes entre “mundos” porque las identidades mundiales y relaciones de poder están cambiando. Durante estos tiempos de transición, las sociedades no estatales son frecuentemente más fuertes y apoderadas que los estados establecidos.

¿Acaso, debiéramos preocuparnos que nuestra identidad sea más débil en el sentido de que es menos fastidiosa? Igual que los romanos durante los últimos de antigüedad o los bizantinos del siglo XIV, vivimos en un mundo civilizado. Ya no somos sanguinarios; formamos parte de una fraternidad de civilización. Irónicamente, talvez,

nos sentimos un tanto más como los antiguos romanos o *Romaioi* bizantinos que queríamos admitir.

Nos sentimos superiores a aquéllos que consideramos combatientes primitivos no estatales, pero estamos también más que un tanto temerosos debido al hecho de que no podemos resistirlos. Tal vez esto sea la razón por qué los comentaristas políticos más feroces de EUA continuamente alaban la matanza de mayores números de las fuerzas enemigas. ¡Cuan se refieren a los romanos en su apogeo político y marcial!²⁰

Olvidando por un momento el hecho de que estos mismos romanos, además de exterminar a tribus bárbaras, casi borrarón a Israel del mapa, y dejando al lado también el hecho de que la política romana, en el mejor de los casos, prefirió integrar de manera forzada y controlada de aceptar el combate riesgoso, debemos enfrentar la realidad de nuestra retórica que alaba las prácticas del Imperio romanos: un panorama escalofriante de nuestros propios temores.²¹

Tememos que seamos demasiados débiles para prevalecer. En el combate, buscamos en forma urgente algo que convalida que, de hecho,

tenemos lo necesario para vencer. Por lo tanto, el combate satisface las mismas profundas necesidades así como la liturgia de iglesia.²²

En realidad, lo que vemos en esta guerra es la claudicación de estrategia por el prurito de la liturgia. Hace mucho tiempo, nos dimos por vencido en hacer eficaz nuestra serie de reglas de la guerra mientras, a la vez, no hemos tratado de adecuarnos en serio a la zona de combate del enemigo. La guerra implacablemente se devino en un testamento político atado a una visión desesperada de un triunfante nacionalismo religioso norteamericano.



La necesidad de tener un factor positivo y emotivo en el ámbito nacional—un fragmento de trascendencia colectiva—al fin y al cabo llegó a anular cualquier tipo de reacción eficaz. En Irak, en vez de replegarnos y reagrupar, intensificamos nuestros esfuerzos al preconizar la necesidad de nuestras buenas obras, la pureza de nuestros principios y el sacrificio por parte de nuestra “próxima mayor generación”, así como aquélla que sacrificó tanto durante la II GM.

Por fin llegamos a quedarnos allá porque estábamos atrapados en nuestra propia trampa. No podremos salir hasta que triunfemos, pero la victoria, por cualquier definición que no favorece el desarrollo de una sociedad libre, está mas allá de nuestro entender. Esto es el por qué combatimos la guerra del enemigo y continuamos sirviendo como el habilitador del mismo.

Pero aquí es donde nuestra gran nación enfrenta una vulnerabilidad grave. A medida que combatimos identidad, no estamos meramente debilitando la nuestra. Debemos tener en mente el hecho de que no hay muchos norteamericanos—tanto como lo que ocurrió durante los últimos de las épocas de Roma y Bizancio—actualmente dispuestos a luchar por nosotros.

Designamos toda la responsabilidad de nuestra seguridad a una sola parte de nuestra sociedad—a soldados, un noble estamento guerrero. Son suma

y pródigamente aprovisionados; sin embargo, son tan pocos. Son todos lo que tenemos.

Los romanos descubrieron en los últimos del siglo IV que poner en riesgo a tal ejército resulta ser existencialmente peligroso. El Emperador Juliano llevó al más sublime ejército romano que ha existido, hasta la tierra de los dos ríos—el lugar que denominamos Irak—y allá lo perdió. Catorce años más tarde, una fuerza conformada desde cero y con un líder incompetente perdieron lo que se quedaba en la Batalla de Adrianópolis—el principio del fin del Imperio romano.²³

El inmenso y extremadamente agobiante mundo de una humanidad global no estatal en proceso de surgir puede exigir la mayor y completa concentración de esfuerzos por nuestra parte, igual a lo que ocurrió a los romanos del siglo IV en Irak y con consecuencias previsibles. A la inversa, no estamos más preparados para combatir colectivamente, como un Pueblo, como lo era en las épocas prehistóricas. Algunos sí están combatiendo cada día para nosotros.

Esta es la lección, ¿no? Combatir de manera que corresponde con las expectativas del enemigo significa combatir su identidad y ayudarlo a ponerse en buen camino hacia la concretización, en términos de fortalecer la misma. Pero su camino también puede ser nuestro camino a la ruina. Necesitamos



Especialista Clinton Tarzia

Combatiendo en la “Tierra de los dos ríos”: Soldados norteamericanos avanzan a través de las calles de Samarra durante la Operación Iraqi Freedom, 21 de diciembre de 2003.

conservar nuestra fuerza y así proteger nuestro estilo de vida. Esta guerra ha sido un aviso. Debemos prestar atención a ello. **MR**

Todas las opiniones expresadas en este artículo son propias del autor.

NOTAS

1. La Batalla del río Frígido duró dos días y la participación de los godos resultó ser crucial para lograr la victoria del Imperio oriental. Sufrieron grandes pérdidas, las cuales solamente aumentaron su reputación. Arthur Ferril provee una cuenta detallada de la batalla en su obra, *The Fall of the Roman Empire* (Londres: Thames and Hudson, 1986). Hugh Elton documenta minuciosamente el uso pesado de fuerzas no estatales durante las guerras civiles romanas *Warfare in Roman Europe*, págs. 350-425 (Londres: Oxford UP, 1996).

2. La obra de Angeliki Laiou, *Constantinople and the Latins: The Foreign Policy of Andronicus II, 1282-1328* (Cambridge, Massachusetts: Harvard UP, 1972), todavía permanece siendo lo mejor análisis de la reacción por parte del estado bizantino a la Compañía catalán.

3. Russell Weigley en su obra, *The American Way of War: A History of United States Military Strategy and Policy* (Nueva York: Macmillan, 1973), por primera vez adelantó este concepto.

4. Se encuentra un pequeño resumen magnífico acerca de la transformación de identidades durante la época del Imperio romano occidental en la obra de Patrick Geary, *Before France and Germany: The Creation and Transformation of the Merovingian World* (Londres: Oxford UP, 1998), págs. 3-38. Mientras que Elton menoscaba las antiguas instituciones militares romanas, la obra de J. E. Lendon, *Soldiers and Ghosts: A History of Battle in Classical Antiquity* (New Haven, Connecticut: Yale UP, 2005), captura superbamente la ética. Describe una fuerza que nos recuerda de la nuestra: "Los romanos todavía gestionaron poner en servicio, hasta que se llevó a cabo la Batalla de Adrianópolis, un ejército profesional, de soldado a soldado que no era de forma demostrable inferior en cualquier respecto al ejército del Imperio romano anterior y en algún respecto superior. En momentos difíciles, ya sea por una decisión tomada o por defecto, el número de efectivos en el campo de batalla y el componente de reservas utilizable habían sido sacrificados por el prurito de la calidad", pág. 308.

5. Se manifiesta de manera nítida y profunda la dimensión de esta transformación en la obra de Mark Bertusis, *The Late Byzantine Army: Arms and Society, 1204-1453* (Filadelfia, Pensilvania: U. Penn Press, 1992) y también en la de Kristian Molin, *Unknown Crusader Castles* (Hambledon and London, 2001). Ambos textos nos ayudan a entender la extraordinaria ventaja estratégica de las pequeñas pero "al-tec" unidades militares en los inicios de la modernidad.

6. Martin van Creveld, *Technology and War: From 2000 B.C. to the Present* (Glencoe, Illinois: Free Press, 1991) págs. 319-320, trata de la manera en que el enemigo se adopta a las tecnologías de fuerzas militares antagónicas. Empero el concepto primordial de van Creveld se aplica más ampliamente a la forma en que la ética corresponde al combate: "No fue la sofisticación técnica de la lanza de los suizos que culminó en derrotar a los caballeros borgoñeses, sino que más bien la manera en que se engranó con las armas usadas por los caballeros de Laupen, Sempach y Granson. No fue la superioridad intrínseca del arco largo que resultó en ganar la Batalla de Crécy, sino más bien la forma en que se relacionó con el equipo empleado por los franceses en aquel entonces"—un engranado de tanto pensamiento como tecnología, un encuentro de necesidades, expectativas e innovación entre los combatientes.

7. ¿Acaso, a medida que nos reunimos como una congregación para leer la más reciente serie de obras del autor Ken Burns, esto no nos indica cuánto continúa a vivir la pasión de la II GM?

8. Barack Obama, por ejemplo, pidió perdón inmediatamente después de decir: "Hemos presenciado el derroche de más de 3.000 vidas de los más valientes jóvenes norteamericanos". Disponible en la Internet: <http://abcnews.go.com/Politics/story?id=2872135&page=1>.

9. Radio Europa Libre/Radio Libertad han elaborado un informe impresionante acerca de la propaganda de los insurgentes en Irak—la cual denominamos "la diplomacia pública". Con escalofrío vimos eficaces revistas insurgentes con títulos como "LOS CABALLEROS"—tanto como los Jedi (en la serie de películas de *La guerra de las galaxias*). Esto es la visión idealizada del enemigo de sí mismo.

10. T. X. Hammes nos avisa que "nuestros guerreros tienen tanta pasión como los suyos, [aunque] la mayor parte de nuestro fervor está encaminado a salvar nuestros compañeros en vez de la consecución de la mayor objetivo". Sin embargo, esto no sólo trata de los soldados, sino también los vínculos emotivos formados durante el combate entre los guerreros y la sociedad. La batalla siempre ha sido, en algún nivel, incluso si sólo a través de canciones y relatos, un conjunto de experiencias colectivas nacionales. Aquí, el video insurgente hace enlace entre la guerra y la sociedad cada día mientras que la sociedad norteamericana resulta ser fríamente desconectada, colectivamente como un Pueblo, de la pasión de su propia guerra.

11. World Public Opinion/PIPA poll, "Muslims Believe U.S. Seeks to Undermine

Islam", 23 de abril de 2007, disponible en la Internet: http://www.worldpublicopinion.org/pipa/articles/home_page/346.php?nid=&cid=&pnt=346&lb=hmpg1

12. Por lo tanto, las exhortaciones repetidas y convincentes por parte de derechistas norteamericanos evocan los más sagrados momentos de abnegación de batallas norteamericanas—las Batallas de Iwo Jima y de las Ardenas. Tienen como objetivo el de plantear la pregunta: ¿Acaso, no más somos dignos de los grandes esfuerzos de nuestros antecesores? La respuesta se encuentra codificada en la ADN norteamericana. Se puede destacarla, por ejemplo, hasta en la profunda fuerza simbólica del videojuego *Halo 3*.

13. *C4ISR* es acrónimo (ideado por las FFAA. norteamericanas) que significa el mando, control, comunicaciones, computadores, inteligencia, vigilancia y reconocimiento.

14. Véase, por ejemplo, la entrevista a Eliot Cohen en la *National Public Radio* (NPR), "Scoring the War on Iraq: Who's Winning?", el 1 de julio de 2005. Disponible en la Internet:

<http://www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=4726795>

15. El Teniente Coronel (R) Dave Kilcullen me ofreció esta analogía cultural en cuanto a las relaciones en sistemas imperiales a través de tiempo y mares.

16. El realismo mágico es un género famoso literario latino-americano. Conforme con Alejo Carpentier, "El concepto era un tipo de realidad engrandecida en la cual los elementos milagrosos podían surgir mientras aparentar como naturales y no forzados".

17. Esto se convierte en una roseta vitral invertida que esclarece la resistencia no-estado: Véase el artículo del Teniente Coronel (R) Ralph Peters, "Return of the Tribes", *The Weekly Standard*, 4 de septiembre de 2006. Disponible en la Internet:

http://www.weeklystandard.com/Utilities/printer_preview.asp?idArticle=12616&R=ED

18. Michael Vlahos, "The Fall of Modernity", *The American Conservative*, 26 de febrero de 2007, disponible en la Internet: http://www.amconmag.com/2007/2007_02_12/feature.html

19. Op. cit. Vlahos. "The Fall of Modernity". Existe una simetría de ironía también. A medida que la globalización les despoja de narrativas antiguas, también transforma las nuestras. Para nosotros, se les convierten en extranjeros malos de igual manera que nos volvemos los mismos desde su perspectiva: "Los mundos dejados atrás se transforman de nuestras responsabilidades morales, en términos de civilización, en fuerzas nefastas que debemos subyugar. En vez de una historia norteamericana de liberación y redención global, esta guerra sustituye su propio relato de lo bueno versus lo malo, de civilización contra la oscuridad".

20. El nivel de adhesión por nuestra parte del caso ejemplar del Imperio romano aumentó considerablemente antes de la invasión de Irak por EUA, como destaca el informe de Emily Eakin del año 2002, "It Takes an Empire" Say Several U.S. Thinkers", *New York Times*, 2 de abril de 2002.

21. Con los judíos de Judea encontrándose dispersos por todas partes después de la rebelión de Bar Kokhba, el Emperador Adriano oficialmente borró a Judea del mapa, denominándola "Siria Palestina".

22. Se encuentran las dimensiones litúrgicas de los ritos norteamericanos de guerra a través de la historia de EUA, desde el Discurso de Gettysburg y en el himno nacional norteamericano hasta los monumentos sagrados que bordean el Mall nacional de Washington DC casi como Estaciones del Vía Crucis hasta nuestros propios Campos Elíseos con su llama eterna y guarda de honra del guerrero.

23. El argumento sostenido por Lendon en cuanto a "lo mejor" ejército romano (fn 1) le conduce a un simple epitafio: "Había hombres que sabían cómo liderar un ejército como este, hombres como el General Sebastianiano del Emperador Valente, hombres que rogaron al Emperador Juliano para no marchar hacia el este, dentro del dominio de los persicos. El ejército del siglo IV necesitaba ser valorizado, comandado con cuidado e circunspección, y no arriscado de manera innecesaria. Necesitaba ser utilizado con un alto nivel de eficacia, como un florete. Fue tragedia que fue comandado por hombres como Juliano y Valente, hombres que lo usaron como una maza, como los comandantes romanos siempre hicieron anteriormente. "Recordar que las fuerzas norteamericanas también son "comandadas" por su jefe de estado, podríamos reflexionar acerca de estas palabras: "Los últimos antiguos comandantes fueron azotados por la historia.. Lo que los comandantes sabían (y que fue dicho repetidas veces por aquellos que les rodearon) era que liderar a sus ejércitos en forma audaz, lanzándose al enemigo, era un comportamiento esperado y elogiado... Había, en fin, un nivel de incompatibilidad peligrosa entre las capacidades del ejército romano del siglo IV y la cultura de sus comandantes, guiada visible o invisiblemente por la tradición en la cual combatieron". (Lendon, pág. 308).